

antepasados, que elevaron la primera cuando la capital de la civilización mas adelantada, material é intelectual y artística del mundo entero, en Oriente y Occidente, era Córdoba.

CAPITULO IV

LOS REGENTES Y LA GUERRA CIVIL

Los que estudian la filosofía de la historia divergen en sus opiniones respecto de las fuerzas que provocan y determinan el desarrollo de los pueblos y de su historia; según unos, cuanto notable sucede se debe á la iniciativa de un genio poderoso que concibe y ejecuta; según otros, los sucesos son efecto de grandes y profundas corrientes que agitan el espíritu de los pueblos, sin que éstos acierten á explicarse la causa, y que en un momento dado salen de su cauce, arrojan todos los obstáculos y se imponen, llevando con fuerza irresistible al pueblo hácia su destino ineludible; para otros finalmente se reduce todo á la cuestión de subsistencia. La contradicción que existe entre estas opiniones no es en el fondo sino la tan sabida que existe entre el acaso y la fuerza ineludible de los sucesos ó sea del destino; son eslabones de la cadena infinita de la existencia, eslabones que el individuo toma en la mano y los contempla y estudia sin poder comprender el conjunto ni la conexión de las partes. Toda persona que, para usar la expresión de un antiguo romano, desea sentirse tal y distinguirse de los brutos, trata de formarse una idea, aunque modesta, del mundo y de su marcha; pero el genio superior cuya potencia y abundancia de ideas impulsa y dirige á los demás, puede atreverse á fundar con la idea que del mundo se ha formado, un sistema completo de la historia en general, aunque violente las cosas en algunos accidentes. No hay duda que fué menester un hombre tan grande como Abderraman III para formar un solo pueblo con españoles y árabes, tan reñidos por su religión y nacionalidad; y es igualmente cierto que no obstante estas condiciones opuestas, la corriente empujaba en aquella época á la unidad y á la fusión; pero yo no he podido emprender la construcción de una conexión interior entre ambos extremos, y ahora que paso á narrar la decadencia de un imperio tan floreciente, tengo que apelar también á la descendencia del lector por una falta análoga. La iniciativa del genio nacional, tan vigorosamente desplegado, empezó á perder su empuje, ó para decirlo en términos vulgares: los musulmanes españoles se cansaron de la buena vida, que les duraba ya demasiado tiempo, ó, si se quiere, en el momento crítico no se presentó ningún gran genio nuevo, porque ambas opiniones están justificadas. Basta de reflexiones, voy narrando.

A los 60 años de edad tuvo el califa Hakam II, á principios del año 364 (fines de 974), un ataque de apoplejía que sin paralizarle completamente le obligó á dejar el gobierno casi totalmente á su primer visir Scha'afar El-Móshafi. A pesar de no ser éste hombre muy á propósito para gobernar, pues debía su elevado puesto mas á su talento y conocimientos literarios que á otros méritos, marchaba la cosa pública como antes, fuera de algunas vicisitudes en Africa y Aragon que denotaban algún decaimiento de la energía del gobierno en los confines del imperio. La cuestión era lo que sucedería cuando el monarca, que iba decayendo rápidamente, cerrase los ojos para siempre. Siendo ya de edad avanzada, tuvo la dicha de ser padre; su esposa favorita Sobha, ó sea Aurora, hermosa vascongada, le habia dado en 351 (962) su primer hijo, que recibió el nombre de Abderraman, y en 354 (965) el segundo, llamado Hixam. El primero murió muy pequeño, y el segundo tenia diez y seis

años cuando el califa sintió aproximarse su fin. Grandes fueron sus temores al pensar en la facilidad con que los grandes del imperio, eslavos como árabes, desde el momento que no sintiesen la mano fuerte del soberano podian hacer al niño juguete de sus intrigas ó quizás víctima de su ambición. A pesar de estos temores, y aunque tal vez meditó sobre la inconveniencia de dejar á un niño á la cabeza del país, al cual, como todos los soberanos de Oriente y otros que no son del Oriente, miraba como propiedad y patrimonio suyo, no pudo resistir al deseo de nombrarle sucesor. Decidido como estaba, reuniendo toda la energía que le quedaba, tomó cuantas disposiciones le parecieron conducentes á asegurar á su hijo Hixam el reconocimiento de sus súbditos, y algo debió de tranquilizarse cuando recibió en nombre de su hijo el pleito homenaje de los altos dignatarios, como aprobación de su decisión de no apartarse de la costumbre de la sucesión directa que seguian los omniadas españoles desde Abderraman I, el cual debió de sentir envidia de sus enemigos mortales los fatimitas, que tenían á su favor el dogma siita que impone la sucesión directa en la dignidad de califa. Algun antepasado suyo habia tenido la buena idea de hacer correr en el pueblo la profecía de que cuando se faltase á esta costumbre acabaría la dinastía. Esta profecía habia llegado á ser popular, pero á pesar de ella no podia asegurarse que la última voluntad del moribundo seria respetada y ejecutada, porque todo dependia de la lealtad y del capricho de los altos funcionarios, del talento de Aurora y especialmente de la suerte. A pesar, pues, del gran poderío y apogeo del imperio, nada estaba asegurado cuando Hakam II expiró el día 3 de Safar de 366 (1.º de octubre de 976).

Habia entonces en la corte dos partidos: comprendia el uno los eslavos eunucos y guardias, que en número de mil estaban mandados por Schandhar y Faik, guardias de la persona del califa, y en los cuales éste podia tener confianza completa, pero que por lo mismo se habian viciado en extremo; y formaban el otro partido los funcionarios hispano-árabes, á cuya cabeza estaba el primer visir Móshafi (1), bien que no era el verdadero jefe del partido, por engreído que estuviere de tener en su mano todos los resortes del gobierno. El alma verdadera del partido era el mayordomo de palacio Mohammed Ibn Abi Amir, personaje á quien nos importa ahora dar á conocer. Descendiente de una tribu árabe noble, aunque no particularmente notable, era uno de aquellos hombres que á primera vista deben su encumbramiento á un capricho de la fortuna, pero que al examinar las cosas detenidamente se ve que lo han debido en gran parte á su propio mérito. Su familia, establecida en la provincia de Algeciras, donde tenia un viejo castillo y algunas aranzadas de tierra, envió al hijo á completar su instrucción á la universidad de Córdoba, donde estudió el derecho; pero siendo pobre, tuvo que ganarse la vida redactando memoriales y otros escritos para los particulares hasta que logró entrar de escribiente en el tribunal de la capital, sin esperanza de hacer gran carrera. Mohammed Ibn es-Salim, el cadí de Córdoba y por lo mismo el primer magistrado de todo el país, era jurisconsulto eminente y práctico en los asuntos públicos, y bajo su dirección un joven inteligente podia llegar á ser algo; pero Mohammed Ibn Abi Amir no le gustaba, y no faltó quien creyera tocado de la cabeza al escribiente. En efecto, se referia del tiempo en que estudiaba una anécdota que recuerda aquella otra del visir Nizam El-Mulk que referimos ya en su lugar. Hallábase Ibn Abi Amir un día con

(1) Móshafi era berberisco, pero en oposición á los eslavos pertenecía al partido nacional.

algunos estudiantes compañeros suyos en un jardín. De repente, despues de haber escuchado la conversacion de sus amigos sin tomar parte en ella, dijo: «Algún día seré yo amo de este país;» y como los otros se rieron tomándolo por una salida tonta, añadió: «Que diga cada uno de vosotros el puesto que desea y se le dará cuando sea rey.» Los compañeros siguieron la broma y uno pidió la plaza de cadí, otro la de gobernador de la capital, otro la de inspector de los mercados; pero el último, enfadado de tan pueril conversacion, dijo que si tal cosa llegara á realizarse queria que le pasearan por las calles en cueros, untado de miel, para ser pasto de las moscas y abejas, y montado de espaldas en un asno. El jóven estaba poseido evidentemente de la idea fija de ser rey, y en opinion de todas las personas prácticas era tan loco como siglos despues lo hubiese parecido cierto subteniente de artillería en Brienne si hubiese divulgado con igual rudeza su pensamiento. No es probable que semejante individuo haya sido un buen oficinista, y no es extraño que el magistrado le encontrara poco útil. Para desembarazarse de él con buenos modos, rogó al ministro Múshafi que diese otro empleo al jóven, poco apto para la carrera judicial; y habiendo vacado al poco tiempo la plaza de administrador de los bienes inscritos á nombre del pequeño príncipe Abderraman, y queriendo el ministro complacer al cadí, persona muy considerada, propuso para la citada plaza á Mohammed Ibn Abi Amir. Este, comprendiendo que todo su porvenir dependia del efecto que causaria al ser presentado en la corte, hizo todo cuanto pudo por captarse desde luego la simpatía de todos, para lo cual le sirvió no solamente su talento sino tambien su buen talle, porque era mozo guapo y solo contaba 26 años (1). Cayó, pues, en gracia de la sultana Aurora, á la cual el califa nada sabia negar por haberle dado dos hijos. Así fué concedido aquel empleo en 366 (967) al escribiente ambicioso del cadí. Poco era el empleo en sí, pero mucho para un hombre sagaz, inteligente y ambicioso, porque le daba entrada en la corte y hasta en el harem, cuyas moradoras, si bien reclusas, no lo eran entonces en la España mahometana tanto que no pudiesen recibir á personas privilegiadas de la corte. La administracion de los bienes del pequeño príncipe dió ocasion á frecuentes entrevistas de Mohammed Ibn Abi Amir con la sultana, la cual prendada de su talento notable, de su viveza y bella figura, le nombró al poco tiempo administrador de sus propios bienes, y con tan eficaz proteccion, á los siete meses de estar en la corte recibió el cargo de director de la Zeca del califa, plaza que en España, como en todos los Estados mahometanos de la Edad media, era considerada como uno de los primeros cargos de palacio y de la mayor confianza. Mohammed supo utilizarlo para sus ambiciosos planes. Sin haber leído el Evangelio, supo hacerse amigos con el dinero que no era suyo. No se sabe si defraudó para sí ó para otros, y solo indirectamente para sí, pero todo lo hizo entonces en grande escala. A los hombres influyentes que se dirigian á él en sus compromisos pecuniarios adelantó las sumas que necesitaban, y á la sultana Aurora y á su servidumbre dió continuamente sorpresas, las unas mas agradables que las otras, de dices y chucherías, que tanto honor hacian á su inventiva como á su desprendimiento y elegancia.

En todo el harem no se hablaba de otra cosa mas que de sus presentes, y el mismo califa hubo de ver que sus regalos y atenciones no causaban el efecto de los del galante cortesano; de suerte que, siendo no obstante su gran erudicion, hombre muy despejado y práctico, no pudo menos de pre-

(1) Solares, se entiende, pues habia nacido el año 327 (939).

guntarse de dónde Mohammed sacaba tanto dinero. Dejó marchar, sin embargo, las cosas así hasta encontrar una ocasion propicia para descifrar el enigma sin alborotar el harem. A pesar de su amabilidad y complacencia, Mohammed no dejaba de tener sus enemigos, los cuales presentaron una denuncia formal y en su vista el califa ordenó una informacion. Entonces le sirvieron los amigos que Mohammed se habia hecho; el jefe de otro departamento le adelantó las sumas necesarias y cuando se hizo el reconocimiento oficial correspondieron los libros y las arcas. Hakam quedó contento de tener un ministro del tesoro de tan gran talento; al colega complaciente fué devuelto el dinero que prestó y Mohammed se vió mas protegido y honrado que nunca. Los únicos que quedaron mal fueron los denunciadores. Mohammed Ibn Abi Amir, en recompensa de su integridad y buena administracion, fué agraciado sucesivamente con los cargos mas lucrativos, que le pusieron en estado de establecer casa propia con todo el lujo correspondiente, sin renunciar á sus libertades habituales. Es ocioso seguir á este personaje por todos los caminos tortuosos que le aproximaron cada vez mas á su objeto de ganar las simpatías de la corte y de todas las clases de la poblacion, pero seriamos injustos si no dijésemos que ya entonces prestó en ocasiones servicios notabilísimos. Los brillantes resultados que el general en jefe Galib obtuvo en la guerra contra los edrisitas costaron al tesoro del califa inmensas sumas y Hakam envió á Mohammed al Africa para poner coto á tanto despilfarro. Allí el sutil Mohammed se mostró en realidad gran hacendista y no menos hábil diplomático; consiguió reducir hasta el punto deseado los gastos sin excitar el descontento de los jefes ni de la tropa; y al contrario, en la prevision de lo que pudiera suceder supo ganarse en corto tiempo sus simpatías con su trato amable y digno, atendiendo solícitamente á sus intereses. Este brillante éxito de su mision elevó á Mohammed en el concepto del califa, el cual le colmó de nuevos favores, y poco trabajo costó á su protectora la sultana Aurora obtener de Hakam en el curso de su enfermedad el cargo de mayordomo de palacio para su protegido. Así Mohammed en adelante tuvo bajo su mando la servidumbre de palacio y quedó encargado con el primer visir Múshafi y los jefes de la guardia real eslava, Schandhar y Faik, de la ejecucion de la última voluntad del califa respecto de la sucesion al trono. Mohammed y el visir estaban decididos á respetarla, porque al primero convenia que su protectora la sultana continuara ejerciendo influencia sobre el califa su hijo y al visir importaba tambien un soberano de menor edad para conservar en sus manos las riendas del gobierno, en su opinion para bien del imperio y de la dinastía. Mas esto era cabalmente contrario á los deseos de los eslavos, que no querian ser mandados por Mohammed, que no era de su gusto, y del cual podian temer, no siendo de los suyos sino del partido nacional hispano-árabe, una reduccion de los privilegios que disfrutaban. En su consecuencia, los dos jefes eslavos, tan pronto como hubo expirado el califa su amo, resolvieron proclamar, no á Hixam, sino á El-Mogira, hermano del difunto. Solo ellos habian estado presentes á la agonía de Hakam, y decidieron ocultar el fallecimiento del califa hasta tener en el palacio al visir, á quien enviaron á buscar. Múshafi llegó; los eslavos guardaban las salidas, y viéndose el visir en su poder, aparentó aceptar la proposicion de aquellos jefes, los cuales se dejaron engañar de modo que Múshafi pudo llamar al mayordomo de palacio y á otros personajes de su partido, entre ellos los jefes de los regimientos árabes y berberiscos de la capital. Reunidos todos, estuvieron acordes en imposibilitar el proyecto de los eslavos, para lo cual les pareció el medio mas seguro matar

á su candidato antes de que tuviese noticia de lo ocurrido; pero ninguno queria tomar el papel de asesino de un hijo de Abderraman el Grande. Entonces, con asombro de todos, ofrecióse á ejecutar el acto Mohammed, el mayordomo de palacio, que como funcionario civil podia haberse excusado mejor que los demás conjurados. Nadie habria creído capaz á aquel cortesano elegante y amable de tan brutal energía, pero todos quedaron satisfechos de que hubiera otro que se encargara de ser verdugo. Pusieron á sus órdenes una seccion de tropa y con ella encaminóse Mohammed á la casa de la víctima, que como toda la ciudad estaba completamente ignorante de la muerte de su hermano. Despues de cercar toda la casa, se presentó el mayordomo al príncipe, le comunicó la muerte de su hermano Hakam y le preguntó su opinion respecto de la proclamacion del jóven Hixam. Mogira, comprendiendo el sentido de esta pregunta y el peligro que le amenazaba, se declaró dispuesto á reconocer y prestar homenaje á su sobrino, ofreciendo dar todas las garantías imaginables de su fidelidad y suplicando al mismo tiempo que se le hiciera gracia de la vida. Las súplicas de aquel jóven de 27 años impresionaron tanto á Mohammed, el cual, por la primera vez, habia ido á manchar sus manos con sangre inocente, que mandó recado á Múshafi dándole cuenta de lo sucedido y aconsejándole que se dejara la vida al príncipe. El egoísta mas desvergonzado tiene momentos en que se acuerda vagamente de que algun día tuvo algo como conciencia. El visir, entre el temor de los eslavos y el asesinato con tal que otro lo cometiera, se decidió por el asesinato y envió al instante contestacion insistiendo en la ejecucion del acuerdo. Mohammed Ibn Abi Amir habia ido ya demasiado lejos para retroceder; su posicion, su porvenir, y ¡qué porvenir! estaban comprometidos si vacilaba mas, y saliendo del aposento del príncipe, débil tributo que pagó al sentimiento humano, dejó á los soldados que le acompañaban el trabajo de estrangular á la víctima y volvió á reunirse con Múshafi.

El plan de los eslavos quedó deshecho; luchar con las armas contra las tropas árabes y berberiscas, superiores en número, que formaban la guarnicion de la capital, sin hablar del pueblo, habria sido una locura, y así se conformaron con lo ocurrido, esperando otra ocasion. Al día siguiente fué proclamado califa sin oposicion el jóven Hixam, que solo contaba once años, con el sobrenombre de El-Mu'ayyda (el protegido de Allah), que recorrió con el acompañamiento y la solemnidad de costumbre las calles de la capital y concedió al pueblo una rebaja de contribucion. Hixam II reinó desde 366 (976) hasta 403 (1013). Múshafi fué nombrado ministro regente y Mohammed Ibn Abi Amir entró en la clase de los visires, pero aunque de categoría inferior á la del regente, era en realidad el primer hombre en el imperio; porque si bien el regente era dueño de la administracion y nominalmente hasta de la fuerza armada, su carácter débil le quitaba toda importancia real. Los jefes de los grandes distritos militares, en particular el del Norte, el tudschibida Yahya, y Galib en el Mediodía, no hicieron el menor caso del ministro regente, que no les imponia respeto, y los eslavos solo espianaban la ocasion para vengarse. El jóven califa, cuyo nombre debia autorizar los actos gubernativos, estaba bajo la influencia de su madre, la protectora y, segun voz pública, la amante de Mohammed Ibn Abi Amir. La mejor prueba de la falta de talento del ministro regente Múshafi, es que este hombre, con todos los medios que tenia en sus manos, no supo robustecer gradualmente su posicion y elevarse á la altura de un verdadero regente del imperio. Era hombre de rutina, que en cuanto ocurría algo que exigía una resolucion y una accion rápidas, no sabia qué hacer; mien-

tras que Mohammed, su colega sagaz y enérgico, aprovechó todas las ocasiones para aumentar su crédito, conquistar nuevos amigos y aislar mas y mas á Múshafi. Poniendo en accion toda su astucia, que despues le valió el sobrenombre de *Zorro* (*Za'alab*), supo quitar la fuerza á la guardia real eslava, alejando á Schandhar, desterrando á Faik y privándola de otros jefes principales. Entretanto se aumentaron las quejas de los habitantes de las provincias fronterizas de Leon, expuestas á continuas invasiones de las fuerzas leonesas. Cuando estas invasiones llegaron á tanto que exigieron imprescindiblemente un correctivo, el visir se puso á la cabeza de un ejército, ya que Múshafi no se atrevia á ello, y marchó al Norte. Tan fructuosa fué la incursion que hizo en el territorio cristiano que regresó á Córdoba con abundante botín y gran número de prisioneros en el año 366 (977), cuando la gente de la capital empezaba á mostrarse impaciente. Con su victoria, su pericia militar, ignorada hasta entonces, y mas que todo con su bien calculada munificencia, restableció pronto el respeto en la poblacion y aumentó el afecto de la tropa á su persona. Múshafi comprendió que el imperio y su persona corrian peligro si no se entendia con Galib, con el cual estaba rehído y que era el ídolo de su ejército. Mohammed Ibn Abi Amir mismo se encargó de reconciliar á los dos con ocasion de una nueva campaña contra los cristianos que emprendió algunos meses despues en union con Galib, y tan bien cumplió su cometido que puso completamente de su parte al primer general del imperio y le indispuso mas que nunca contra el regente. Seguro ya de este apoyo, procedió á dar el primer golpe á aquel que hasta entonces le habia dispensado toda su confianza. Al llegar victorioso á Córdoba obtuvo del califa la destitucion del gobernador de la capital, que era hijo de Múshafi, quedando nombrado en su lugar el mismo visir Ibn Abi Amir, en 366 (977). Fué por lo demás esta medida necesaria, porque el hijo del ministro habia dejado crecer el desórden y la inseguridad de las personas y haciendas de una manera escandalosa. Nada tampoco habia que objetar al nombramiento del nuevo gobernador, porque el favorito de la sultana madre acreditó como en todas partes su fama de hombre capaz y enérgico, hasta el punto de condenar á un hijo suyo (1) por algun delito cometido probablemente por travesura juvenil, á tantos azotes, que el infeliz murió á consecuencia de ellos. Tanto rigor libró muy pronto á la capital de malhechores, al mismo tiempo que aumentó las simpatías de la poblacion hácia un funcionario que no perdonaba á sus propios hijos. Entonces Múshafi empezó á ver claro y reconoció en el hombre á quien habia creído su íntimo amigo un rival peligrosísimo y sin conciencia. Para contrarrestar sus planes, ya demasiado adelantados, no habia mas que un medio, la reconciliacion con Galib y hacer con este general, el primero del reino, una alianza contra el intrigante Ibn Abi Amir. Escribióle, pues, ofreciéndole todo cuanto podia excitar la ambicion de un viejo militar que se creía tambien hombre de Estado y le pidió la mano de su hija para uno de sus hijos. Galib, que solo ambicionaba ser el personaje mas influyente en el gobierno, aceptó las proposiciones del ministro. Naturalmente, tenia el gobernador de Córdoba y mayordomo movió cielo y tierra para impedir tan peligrosa alianza. Con la destreza diabólica que posteriormente empleó el primer Napoleon con tanto éxito, que, estando ya probada en gran número de casos su falsía, logró siempre de nuevo hacer creer en su bue-

(1) Mohammed Ibn Abi Amir tenia entonces 37 años y era padre de varios hijos adultos; la misma suerte del hijo de quien se trata tuvo despues un hermano suyo.

na fe, consiguió también Mohammed hacer desistir á Galib de los compromisos ya contraídos y darle á él por esposa la hija que había prometido casar con el hijo del ministro. La sultana madre sacrificó su afecto para hacer al primer general del reino aliado de su favorito y se encargó de arreglar la boda que hacia á Ibn Abi Amir yerno de Galib y que al propio tiempo sellaba la desgracia de Moshafi. Este cayó pocos meses despues, en el año 367 (978), acusado, segun costumbre, de defraudar fondos del gobierno, acusacion muy singular en boca de su adversario, el cual para mayor descaro se hizo encargar por el califa de la formacion de la causa. Destituído el ministro, se procedió con grandísimo rigor contra sus protegidos y paniaguados; un respetabilísimo jefe del ejército fué en esta ocasion victima del rencor personal de Ibn Abi Amir, que se gozó en la desgracia de su rival caído, á cuyo fin le llevó durante cinco años maltratándole continuamente en todos sus viajes y campañas, hasta que, hastiado ya de tan bárbaro placer, hizo matar al infortunado anciano, que si había faltado, había expiado sobradamente sus faltas soportando su triste suerte con la resignacion varonil propia de los verdaderos mahometanos.

Apenas habrá país en cuya historia no abunden maldades cometidas por mujeres ambiciosas junto al trono; así es que también las vió la España mahometana. Ya hemos visto cómo Tarub, la esposa de Abderraman, trató de envenenar á éste para poner en el trono á su hijo; pues bien, Aurora, la viuda de Hakam, hizo otra cosa peor, que fué sacrificar la inteligencia de su hijo á la ambicion de su amante. Cuando éste llegó paso á paso á la dignidad de ministro principal despues de la caída de Moshafi, el joven califa tenia doce años y dicen las crónicas que era muchacho de inteligencia viva, juicioso y discreto. Esta disposicion y el ejemplo de Abderraman III, que á los veintidos años siendo ya soberano empezó á realizar grandes cosas, presagiaban muy corta duracion á la regencia de Aurora y de Ibn Abi Amir; y siendo los deseos de éstos muy distintos, convinieron en entorpecer y aun matar la inteligencia del niño, á fin de tenerle siempre bajo su tutela y gobernar en su nombre. De los medios de que se valieron para lograr su infame propósito, solo se sabe de positivo que le hicieron devoto á fuerza de ayunos y otras prácticas religiosas, hasta apartarle completamente de las cosas de este mundo, dejándole en la ignorancia de los deberes que su posicion le imponia y transformando al joven soberano de un imperio poderoso y floreciente en un derviche ignorante y estúpido. Los sucesos demostraron que consiguieron perfectamente su objeto. Una conspiracion formidable é imprevista no hizo mas que confirmar á los dos innobles tutores en sus temores y hacerles apresurar su método de educacion convirtiendo á su inocente victima en un sér sin voluntad propia. La amabilidad hipócrita, los excelentes resultados de la administracion y de las empresas militares que habían ganado á Mohammed Ibn Abi Amir los aplausos de todas las clases de la poblacion de Córdoba y habían engrandecido su importancia é influencia sobre ésta, no habían podido contentar á todo el mundo, y además de los descontentos no faltaron al nuevo ministro muchos envidiosos y otros enemigos, entre ellos desde luego los amigos personales de Moshafi y los esclavos, humillados pero no desarmados. Al mismo tiempo los fakihis de la capital le miraban con prevencion, porque adivinaban en el «zorro,» que por cierto daba abundantes pruebas de no ser escrupuloso, un libre pensador y un hereje. Se conspiró y se convino en librar al país de una vez del ambicioso zorro y de su amante, porque mas escandalosas que nunca eran entonces las noticias que del harem del califa salian á la calle. Para quitar á la pareja la base de

su autoridad, decidióse dar muerte al joven Hixam y proclamar en su lugar á otro nieto de Abderraman Ibn Obeidallah. Encargóse del asesinato el jefe eslavo Schandhar, que no obstante su destitucion tenia todavía medios para ver al joven califa. Consiguió en efecto la audiencia, pero en el instante en que se precipitaba, puñal en mano, sobre el niño, le cogió del brazo uno de los presentes, y el atrevido fué preso á pesar de su resistencia. De resultas de la causa que se instruyó, murieron muchos de los conjurados y el mismo pretendiente Abderraman; mas el astuto ministro no se contentó con esto, sino que para eliminar de entre sus enemigos á los fakihis, cuya animadversion le daba mas en qué pensar, decidió demostrar su devocion y fe ortodoxa á los ojos de todo el mundo y tranquilizar al clero respecto de sus intereses y de los de la religion. Su sagacidad admirable le sugirió para este objeto un medio tan sencillo como eficaz. Reunió á los teólogos mas afamados de la capital en la gran biblioteca del difunto califa Hakam II, y les comunicó la resolucion del gobierno de apartar con todas sus fuerzas de la nacion la ponzoña de las falsas doctrinas, suplicándoles que separasen y quemasen todos los libros de filosofía, astronomía y otras ciencias impías, á fin de acabar con todos los estudios perjudiciales á la religion. De estas obras había en efecto muchas que el despreocupado Hakam había adquirido para su biblioteca, y no hay que decir con qué afán minucioso los buenos teólogos pusieron mano á la obra. Cuando hubieron separado todo lo que quisieron, tomó el ministro personalmente parte en el acto de la quema. ¡Pobre Hakam, si hubiese visto desde el otro mundo cómo se sacrificaban sus preciosos manuscritos! El ministro y los teólogos lograron su objeto; los fakihis dejaron campo libre por algun tiempo á Ibn Abi Amir y el clero logró paralizar por mucho tiempo el naciente estudio de la filosofía, aunque no de las matemáticas y de la astronomía, que desde Maslama se había generalizado bastante.

La experiencia aconsejó al ministro extremar la reclusion del califa, porque si esta vez había logrado acceso hasta él un asesino, podia lograrlo también el dia menos pensado un funcionario civil ó jefe militar ambicioso é influir en el ánimo del soberano en cuyo nombre era preciso gobernar. No ofreciéndole para impedir semejante caso suficiente seguridad el palacio de Zahra, morada del califa, construyó como una ciudad nueva á orillas del Guadalquivir, inmediato y al Este de Córdoba, para sí y las oficinas del gobierno. En menos de dos años estaban tan adelantadas las obras de la nueva ciudad, que recibió el nombre de Es-Sahira (la resplandeciente), que el ministro y sus empleados pudieron establecerse en ella, y como centro de la administracion se desarrolló y llegó rápidamente á un estado floreciente y aun á oscurecer la fama de Zahra. En este último palacio continuó el califa, poco menos que prisionero, vigilado tan rigurosamente que el edificio fué amurallado y rodeado de un foso, sin dejarle posibilidad alguna de abandonar el recinto con el pretexto de guardar su persona de otro atentado contra su vida y darle toda facilidad de dedicarse á sus ejercicios devotos, á cuyo fin había encargado también á su ministro el gobierno del país.

El sagaz y brutal Ibn Abi Amir no se disimulaba que no bastaba escamotear á un país su rey: la cuestion era que la nacion pasara por ello, porque el pueblo tenia desde Abderraman III verdadero afecto á la dinastía, que la había hecho grande y á la cual admiraba con orgullo. La gran masa, poco cavilosa y de cortos alcances, se dejó engañar con la fantasmagoría que se le presentaba con el nombre de Hixam, pero entre los magnates no dejaba de haber muchos que comprendían la farsa. Entre estos

ninguno tan temible para el ministro como su suegro Galib, el gran general de Abderraman III y de Hakam, cuya influencia se sentia en el ejército mucho mas allá de su distrito militar, que era el Sur. Si Galib había prestado á su yerno su apoyo para desbancar á Moshafi y ocupar su puesto, no tuvo de ningun modo la intencion de hacer á Mohammed dueño absoluto del país, y mucho menos de permitir el escamoteo del califa, el hijo de Hakam, al cual el viejo soldado, descendiente de libertos de los omniadas, conservaba fidelidad inquebrantable como á toda la familia. Sabiendo esto el ministro perfectamente, sabia también que tarde ó temprano seria inevitable una ruptura definitiva entre él y su suegro, y para hacerla inofensiva á tiempo no vió otro medio sino quitar á Galib su arma mas terrible, que era el ejército. La empresa era casi imposible, pero el gran zorro la logró. Lo primero que hizo fué poner por medio de disposiciones habilísimas, bajo la dependencia directa del gobierno, las tropas de los distritos que no estaban bajo el mando de Galib y aumentar estas fuerzas con soldados enganchados á sueldo, hasta formar un ejército que pudiera hacer frente victoriosamente al de Galib si llegaba el caso de un rompimiento abierto de hostilidades. Despues cambió completamente la organizacion de la fuerza armada árabe, que hasta entonces había continuado basada sobre el sistema tradicional de las tribus, cuyos guerreros formaban grupos y secciones separadas dentro del ejército, que era simplemente una federacion de las fuerzas armadas de las tribus. Ibn Abi Amir descompuso estos grupos y con ellos el conjunto, alistando á los soldados árabes y berberiscos en sus regimientos, mandados por jefes nombrados por el gobierno sin atender á tribu ni á naturaleza, y lo realizó sin encontrar oposicion, porque la organizacion en tribus había quedado reducida desde Abderraman III á una mera rutina tradicional. Para aumentar su ejército con soldados á sueldo ayudóle una circunstancia casual. Desde la enfermedad de Hakam II habíase debilitado la influencia de los omniadas en el Noroeste de Africa por efecto de la poca energía y de otras ocupaciones del ministro Moshafi, circunstancia que el sirida Boluggin, lugarteniente de los fatimitas en Africa, aprovechó para extender el dominio de éstos en aquella parte del continente, invadiéndola en el año 369 (979) con un gran ejército; y si bien no logró someter del todo á los jefes senatas, que despues de las derrotas referidas en la primera parte tenían allí su centro y eran partidarios de los omniadas, les empujó con tanta fuerza hasta el pie de las murallas de Ceuta que su aglomeracion en tan estrecho espacio les redujo, por la falta de medios de existencia, á la miseria mas cruel. Ibn Abi Amir, su pretexto de salvar á estos aliados de la situacion cruel á que les había reducido el enemigo, los hizo trasladar á España, colocó á los hombres en sus regimientos y atendió á la seguridad de la frontera del Sur del imperio reforzando considerablemente la guarnicion de Ceuta y animando á las hordas senatas que quedaban en Africa con algunas subvenciones en metálico para ir resistiendo entretanto á Boluggin. No satisfecho todavía del aumento que recibió la fuerza armada adicta á su persona con la incorporacion de los berberiscos senatas, á cuyo jefe Scha'afar colmó de regalos y atenciones, organizó otra fuerza con cristianos, los peores enemigos del imperio, pero que dependian si era posible todavía mas directamente de su persona que los demás soldados. La situacion de los habitantes de Leon, Castilla y Navarra era entonces tristísima. Sus excursiones en territorio mahometano habían dejado de ser lucrativas y desde el reinado de Abderraman III sucedia todo lo contrario, esto es, que los mahometanos devastaban las comarcas cristianas fronterizas con

sus expediciones. A esto se agregaron las muchas guerras entre los diferentes Estados y príncipes, que desde los conatos de independencia de los condes de Castilla no dejaban descansar el país. Los territorios mas feraces de la península, que eran los del Mediodía y del Este, estaban casi en su totalidad en poder de los mahometanos, y los del Norte, ocupados por los cristianos, eran montuosos, ásperos y poco productivos, por lo cual no podían mantener en aquellas condiciones la poblacion creciente. Por otra parte, no eran las guerras interiores nada propias para fomentar el patriotismo ni robustecer el espíritu de colectividad; y el resultado de todo fué que la miseria hizo pasar al territorio mahometano á gran número de pobres y robustos cristianos tan pronto como se esparció la voz de que el ministro de Córdoba formaba un ejército con hombres de todos los países que recibían excelente paga y podían llevar una vida de príncipes. Lo que fueron para Abderraman sus esclavos y para el emperador Federico II en Italia sus tropas sarracenas, fueron para Ibn Abi Amir los cristianos mercenarios, separados radicalmente por su nacionalidad y religion de las fuerzas y demás personas que rodeaban al ministro mayordomo del califa Hixam. Esta nueva fuerza permitió á Ibn Abi Amir emplear mas energía y libertad de accion respecto de los jefes esclavos, árabes y berberiscos de su ejército, y obligó á éstos á ser mas adictos y obedientes que nunca, pues que podia reprimir al instante el conato mas leve de motin si acaso llegaran á propiarse á tanto. En el año 370 (981) quedó todo esto organizado.

No necesitó mucho tiempo Galib para hacerse cargo del verdadero objeto de todos estos preparativos de su yerno, porque la construccion de La-Sahira, la instalacion en ella de las autoridades, oficinas y administraciones en el año 370 (981), el encierro de Hixam en Zahra y luego el nuevo ejército eran cosas suficientes para abrir los ojos á la persona mas confiada. Habían sido cordiales hasta entonces, por lo menos exteriormente, las relaciones entre los dos primeros dignatarios del imperio; pero en una entrevista que celebraron por el año 370 (981) en un fuerte junto á la frontera del territorio cristiano, tuvieron un grave altercado; Galib echó á su aliado falaz en cara su falsedad y le dijo: «Perro, tú has perdido la dinastía, has perdido el ejército y te has hecho dueño absoluto del país!» y diciendo esto, se arrojó sobre el ministro con su alfanje desenvainado. El golpe habría sido mortal si uno de los presentes no lo hubiese parado, mas con todo quedó herido Mohammed, si bien con fuerza bastante para arrojarle sorprendido é inerme por la ventana. La caída le habría costado la vida, pero la suerte quiso que pudiera agarrarse á una obra saliente, de donde le bajaron los hombres de su escolta que estaban aguardando fuera. Galib tuvo la generosidad imprudente de dejarle escapar y dar lugar así á la guerra civil, que luego estalló. Al célebre general, servidor fidelísimo de tres califas, sobran motivos para estar indignado de su yerno; mas para el país fué una dicha que esta vez como en tantas otras ocasiones la fortuna protegiera, no la causa de la lealtad ruda, sino la de la mentira y de la astucia, porque sin el triunfo final de Ibn Abi Amir se habría desmembrado ya entonces el imperio en una porcion de Estados pequeños. Galib, que conocia la gran fuerza militar de su adversario, solicitó el auxilio del rey de Leon, Ramiro III, y éste, deseoso de explotar en provecho suyo la division de los mahometanos, se apresuró á conceder el socorro solicitado. Los dos ejércitos aliados marcharon á Córdoba proclamándose defensores del califa, reducido á la inaccion por su ministro falaz; Galib, el mejor general de su época, tenía ya casi ganada la batalla principal, en que, despues de varios combates,